



H. Triarte lito.

Lit. de M. Murguía y C.^a

EL SERENO.



EL SERENO.



EMPLUMADO sea yo si este siglo en que vivimos no es el siglo de las luces! Digo; ó mejor dicho, pregunto: ¿Vdes., amados prójimos, conocen los fósforos y cerillos? ¿Vdes. han visto por esos mundos de Dios multitud de faroles que hacen los mayores esfuerzos por iluminar las calles y las plazas? Por último, si vdes. no conocen ni han visto el alumbrado de gas ¿han oido por lo menos hablar de ese émulo del sol que está pronto á reemplazar al Sr. Febo el dia que

quiera hacernos el feo, encareciéndonos sus servicios? Pues si vdes. conocen tales cosas, tontera seria, y muy grande, empeñarme en demostrar lo *fosfórico y luminoso* del siglo feliz en que vivimos.

Por fortuna hoy para tener luz cuando algun ruido nos despierta á media noche, ya no tenemos de menester aquella porcion de embarazosos chismes que necesitaban nuestros padres: el pedernal, yesca, eslabon y pajueta, han sido reemplazados por un solo mueble, el cerillo; y esta es una ventaja para el tiempo y la pereza, aunque la bolsa opine lo contrario. Por fortuna tambien, el que hoy transita por las calles puede hacerse la ilusion de que es de dia, supuesto que medio vé una cosa que si no es luz poco le falta para serlo; quedando, á Dios gracias, muy atrás aquellos tiempos en los cuales solo se veia uno que otro farolillo que alumbraba el nicho de piedra de alguna imágen colocada en la pared, y á cuyo débil resplandor reconocianse dos embozados; sacaban los aceros, y echando chispas y centellas se daban sabrosísimas cuchilladas con gran contentamiento de la dama, que al través de las celosias saboreaba tan deliciosa serenata. Hoy no; hoy tenemos luz de sobra, y por causa de ella, paciente lector, mas de una vez he descubierto á media noche encima del enlosado de las calles, una reluciente peseta, la cual se me ha convertido al tomarla, en una sustancia semilíquida, que por cierto no me meteré ahora á esplicarte: merced á la misma luz, un prójimo á quien no habia visto en mi vida me ha hundido el sombrero hasta las narices, juzgándome un su amigo y conocido viejo; y por último, á ella debo el haber andado quince cuerdas en seguimiento de una paloma de diez y seis Abriles, para venirme á encontrar con una lechuza de sesenta y tres Diciembres.

Segun lo dicho, preciso es convenir en que tenemos luz; pero tambien convendrán vdes. en que esta luz no se hizo ó hace con el *fiat lucem* de la Escritura, sino que necesario ha sido un agente que la produzca y la mantenga —¿Quién la produce? ¿quién la mantiene? Eso lo sabe todo aquel que haya visto al soñoliento *sereno*; á ese viviente que pertenece á la familia de los buhós, cárbos y murciélagos; al *hombre lechuza*, amigo de las tinieblas y el aceite.

Lamartine ha dicho: “Cuando la Providencia quiere *incendiar* el mundo con una idea la coloca en el alma de un francés.” ¡Cuánto mejor seria que hubiese dicho: *coloca una luz en la linterna de un sereno!* Esto tendria la ventaja de que si no era una metáfora estupenda, al menos seria una verdad de á folio, que verian todos aquellos que no fueran ciegos, esto es, todos los que no fueran maridos....! Nosotros ignoramos en qué pais brotaron las primeras plantas del *Sereno*; por tanto, el lector se quedará en ayunas sobre este punto, y solo procuraremos decirle en qué época salieron á luz con su luz esos antípodas de la humanidad durmiente. He aquí los datos curiosísimos que sobre esto hemos podido recopilar.

Si no mienten las crónicas hay serenos en el mundo precisamente desde que los hubo: verdad notoria y tan evidente que no abrigamos el mas leve temor de que venga un erudito y nos demuestre lo contrario! Los primeros serenos *eran* sin duda tal cual entonces *fueron*, y si la raza ha decaido ó mejorado esa es cosa que debe saberla todo aquel á quien se la hayan dicho. Además, si los primeros serenos tuvieron luz, necesariamente debe haber iluminado, y quizá no podria decirse de ella lo que dijo, no sé quien, de nuestro alumbrado de México, esto es, que solo servia *para hacer mas visibles las tinieblas*. Saporeen nuestros lectores las noticias histórico-eruditas que acabamos de darles, y pasemos á hacer algunas reflexiones que nos ocurren, dando en seguida á conocer el nocturno personage, á quien arrancamos de la luz artificial para presentarlo pintiparado á la luz pública.

Ante todas cosas, ¿la vida que pasa el *sereno*, es buena ó es mala? ¿Merece la pena de envidiarse ó debe huirse de ella como quien huye de una carga concejil sin gages ó emolumentos? ¡Canario! Aseguro que la mayor parte de mis lectores esclama y dice, que la vida del *sereno* es una vida de perros: y á fé que dirán bien, porque eso de velar mientras otros roncan, es como si dijéramos:

Mientras yo á mi suegra entierro
Y enmudece mi muger,
Tú tienes que recojer
A tu suegra y á su perro. . . !

Y luego agreguen vdes. á esto la necesidad que tiene el sereno de sufrir con la cachaza de un estoico, la lluvia, el frio, los fuertes aguaceros; andar á dime y te diré con los borrachos, y á *pito* y carreras con los ladrones; todo como si el pobre hombre no fuera de carne y hueso sino de estuco, y como si no se hallara con las ganas suficientes de ir á la diputacion en pies ajenos, pero con tripas propias bien repletas de aguardiente, cosa mas simpática que cargar con el hijo de Baco á quien de tanto alzar el codo se le han bajado las rodillas. Está visto; vdes., discretísimos lectores, tenían razon para ver en la vida del *sereno* la existencia de un hombre dejado de la mano de Dios y de sus santos.

Sin embargo, yo no adopto del todo la opinion de vdes., porque al fin y al cabo la *noble profesion* de sereno (¿por qué no ha de ser noble?) tiene sus lados favorables, si bien se mira y examina. Vamos á verlo:

El sereno es un *hombre público*, título que hiere el tímpano de algunos prójimos con mas delicadeza que el clarinete de Belletti y el violin de Coenen. Lástima que su público admirador se componga como otros muchos públicos, de lechuzas y murciélagos!